



REVISTA DECENAL

LITERARIA, ARTISTICA, RELIGIOSA Y DE INTERESES LOCALES

Año II.

Antequera 20 de Agosto de 1915

Núm. 53.

Del ambiente local

La opinión pública

II

De los cuatro núcleos personales de que se hablaba en el artículo anterior, solamente dos, el primero y el último, merecen de momento ser estudiados. El segundo y el tercero, siendo los más numerosos son, aunque parezca paradójico, los menos importantes para la esencia de la cuestión. La explicación, que es sencillísima, consiste en que la mayoría ilustrada porque no quiere molestarse en pensar ni que la molesten con cambios de rumbo social y la gran masa proletaria porque no sabe más que sentir (en la acepción de padecer) ni tiene tiempo ni medios más que para luchar por el pan, están predestinadas á someterse á la dirección de las minorías.

Pero es lo grave del caso que aquellas dos mayorías son las que por su número, abrumador si se las compara con las minorías, son las que verdaderamente pueden y deben llegar á constituir la efectiva opinión pública. Pero como queda dicho que la opinión individual de los que las componen no son más que reflejo en unos casos é imposición en otros de las ideas de las minorías, estudiada la actuación de estas sobre aquellas, su eficacia ó ineficacia y la bondad ó el error de su influencia, podremos sacar la consecuencia de si existe ó no opinión pública en Antequera, haciendo acerca de esto los distinguos expuestos al principio del artículo anterior.

Lo que caracteriza á la que hemos llamado minoría verdaderamente intelectual suele ser cierto aristocratismo en el pensar, (no ese que se llama limpieza de la sangre,

que en nuestro entender es una frase vacía de sentido) es decir, una elevación apreciable de su cultura sobre el nivel medio de la ordinaria; y cierto platonismo propio de quien acostumbra á moverse más en el plano sereno y elevado de las ideas que en el revuelto campo de lucha de las cosas minúsculas de la vida que, en fin de cuentas, son el cimiento de la sociedad. Consecuencia de ese aristocratismo y de ese platonismo es un arraigado desdén, (no pocas veces asco) por las impurezas de la realidad, que acarrea el alejamiento de quien los profesa ó siente de todo aquello que trae aparejado violencia, choque, esfuerzo material, resistencia justa ó injusta. Y este es el error, mejor dicho, el defecto de la minoría intelectual. ¿Qué se diría de un médico que en presencia de un enfermo contagioso, conociendo la enfermedad y el remedio adecuado le negara su asistencia por temor de contaminarse? Pues este es el caso. Esa minoría ve las cuestiones, las estudia, las analiza, llega á penetrarse de ellas y ve sus aciertos y sus errores, aprueba aquellos y busca y suele encontrar el medio de neutralizar estos y convertirlos también en aciertos, pero..... se encuentra sin fuerzas para aplicarlo al cuerpo social; no se atreve ó no quiere esgrimir el bisturí ni dejar caer el cauterio, y encerrado en la torre de marfil de sus escrúpulos, viviendo la vida ideal del círculo de sus congéneres, rechazando *in mente* ó *sotto voce* lo malo que ve y aprecia, acaba por poner como resumen de su esfuerzo puramente inmaterial un gesto de indiferencia, á cuya merced el mal crece y se propaga como la cizaña en la tierra que no se cultiva. Añádase á esto que esa minoría, por lo mismo que se eleva del

nivel corriente, no es comprendida por los que quedan á ras ó por debajo de él; que ella no hace nada por mezclarse con las mayorías sembrando aquí una idea, corrigiendo allí un vicio, alentando allá una buena iniciativa; que no se penetra de que las ideas que no se esparcen á los cuatro vientos y se defienden uno y otro día y se propagan sin cesar no pueden arraigar en parte alguna; que ser bueno en teoría es una virtud negativa si no está acompañada de la práctica del bien, y se tendrá explicado el divorcio existente entre ella y los demás con los cuales ha de convivir; se echará de ver que su influencia no es buena ni mala sino nula; se comprenderá que ella, que debía ser la directora y encauzadora de la opinión pública, no forma parte de esta porque su opinión es como un pájaro de hermosos colores y armonioso canto que se asfixia bajo la campana sin aire de una máquina neumática.

Debe, pues, quedar descartado este núcleo formado por la minoría intelectual de la verdadera opinión pública, porque carece del poder de eficacia necesario para que sus ideas tengan finalidad práctica.

En el siguiente y último artículo nos ocuparemos de la otra minoría.

JUAN DE ANTEQUERA.

Quien acusa á otro, sin pruebas que lo acrediten, de realizar hechos poco recomendables,—por ejemplo, el empleo de anónimos—se declara capaz de emplear esos procedimientos reprobables.

Tórtola Valencia

Al notable pintor brasileño Genaro Murta

I

Como las tenues luces del ocaso son las que inundan la callada escena, y aparece purísima y serena la Tórtola gentil, de piel de raso.

Besada por la luz en tono escaso, llena de amor, de majestades llena, tiene la eurytmia de mujer helena al iniciar la danza en leve paso.

Entre nubes de gasas y de velos su cuerpo se revuelve en los anhelos de una danza en suprema melodía.

Y en los espasmos de su carne ardiente parece una blanquísima serpiente retorciendo su cuerpo en la agonía.

II

Te presiento en palacios ideales del Egipto, ante reyes Faraones, deleitando, mujer, los corazones con tus divinas danzas orientales.

Tus pupilas severas, fantasmales, brindarán las supremas sensaciones de un desfile de cálidas pasiones que clavan en tu carne sus puñales.

Y al iniciar tus manos (dos palomas que buscan la caricia de sus nidos) de la danza al finar, las convulsiones, te unguirán los suavísimos aromas y caerán á tus pies, locos, rendidos, con su corte los Reyes Faraones.

III

Y en la alta noche, brindará armonía tu cuerpo en las arenas del desierto, y de los astros al claror incierto una diosa serás de hechicería.

Te admirarán rendidas caravanas en tu danzar, mujer, de ritmo inmenso, y quemarán la mirra y el incienso en honor de tus gracias soberanas.

Y ansiosa de tus danzas ideales recorrerá para admirarte el astro las galas de sus túnicas nupciales.

Y tu cuerpo, en sus mágicos revuelos, será una mariposa de alabastro que agoniza en la plata de sus velos.

A. RODRÍGUEZ DE LEÓN.



Crédito agrícola

Recientemente ha sido dictada por el ministro de Hacienda una real orden encaminada á que el Banco de España dé una mayor amplitud y flexibilidad á las operaciones de crédito agrícola. En realidad no han sido muy fructuosas las gestiones del ministro. Su debilidad unida al discutible patriotismo del Banco permiten que este se aproveche de las críticas y penosas circunstancias por que atraviesa España y que en lugar de fomentar é impulsar la riqueza y prosperidad nacionales, para lo que le fueron concedidos sus privilegios, se lucre á costa de los intereses de la nación. Las concesiones arrancadas por la presión ministerial al Banco no son más que lo que hasta ahora han venido practicando los más humildes banqueros, como ha observado atinadamente el señor Aznar. Pero, en fin, más vale poco que nada.

Es el caso que la citada real orden nos ha traído á las mentes algo que ya teníamos olvidado: que en Antequera desde hace unos meses existe un Sindicato Agrícola. Porque pocos organismos se encuentran en las excelentes condiciones de los Sindicatos para

aprovecharse de los efectos de esa real orden.

Ahora que se aproxima la época de la siembra es la hora de que el Sindicato acuda en auxilio de los labradores modestos que escasos de numerario se ven forzados á recurrir al usurero, que mañana los acogerá con sus exigencias y que no le detendrán los escrúpulos para arrancarle las entrañas. Es una obra de justicia, pues se trata sencillamente de conseguir que los que durante meses enteros fecundan regando con su sudor un pedazo de tierra no se vean, llegado el momento de la recolección, presa del hambre y de la desesperación. Se trata de una labor de más íntima exudación de caridad y de filantropía que las tómbolas, festivales benéficos, etc., en los que una multitud de una enorme vulgaridad sentimental toma los males y las tristezas del prójimo como pretexto para divertirse.

He escrito que en Antequera desde hace unos meses existe un Sindicato Agrícola. En efecto, su constitución nos fué anunciada por la prensa local. ¿Pero cuáles han sido sus resultados prácticos? ¿Qué consecuencias ha tenido para el mejoramiento de sus asociados? ¿Cuáles han sido las manifestaciones de su actividad? ¿Existe realmente ó su existencia es puramente nominal?

Cuando se nos demuestre que el Sindicato de Antequera, cuya junta directiva está formada por personalidades dignas de los mayores respetos, ha trabajado activamente en el cumplimiento de los fines á que debe responder, nosotros rectificaremos gustosísimos el juicio desfavorable que hoy nos merece. Pero mientras esto no se haga continuamos nosotros en el perfecto derecho de pensar que un absoluto desconocimiento de lo que se tenía entre manos ha presidido á su constitución.

Se ha fundado el Sindicato sin otra preparación previa que la conferencia de un ilustre dominico, con virtualidad suficiente para convencer á unos cuantos señores, que probablemente no se verían necesitados de acudir al capital social, de que debían formarlo pero incapaz para hacer del Sindicato lo que él debe ser, esto es: un organismo vitalizado por abundantísima savia democrática y popular. Evidentemente la causa dinámica que siempre pone en movimiento á la multitud es el ideal. Pero la burguesía capitalista pocas veces suele obrar acuciada por este noble estímulo. Solamente la une el interés. Y como ella no tenía un interés directo en el florecimiento del Sindicato este es hoy una institución muerta.

El que se dedique á esta indole de fundaciones sociales ha de estar firmemente convencido de que en su labor no ha de tener otra divisa que la de trabajar por el pueblo y para el pueblo. En nuestro modesto juicio, que inútil parece decir dista mucho de la infalibilidad, á la constitución del Sindicato ha de-

bido preceder una activísima campaña de propaganda para hacer ambiente, para crearle un estado de opinión favorable, para decirle á los labriegos los grandes beneficios que les reportaría y para enseñarles el avance considerable que significaría en el camino de su regeneración económica. Es esto una lección que nos da la realidad y que no debemos echar en saco roto si estamos decididos á no emplear nuestra actividad más que en aquellos asuntos de una positiva seriedad é importancia.

S. V.

POSTALES DE FERIA

En estos días, primeros de la última decena de Agosto, Antequera viste sus más bellas galas: su natural hermosura, su artístico donaire andaluz, puesto aún en mayor relieve por la alegre y vivificante estación estival, con su sol que es fuego, son todavía más realzados á causa de los sencillos y elegantes adornos, que para ser lucidos en las mayores solemnidades, cuidadosa guarda la antigua Singilia, entre los restos de su otras veces abundante ajuar.

Preocupada por la persistente idea de parecer bien, tanto á la vista del curioso forastero que galante venga á visitarla, como á los ojos del hijo ausente que gozoso retorne por breves días al seno de la tierra donde se mecio su cuna, Antequera, presurosa se dedica, con la graciosa coquetería femenil, propia de sus congéneres, patrimonio de quien ostenta el nombre de hembra, á su toilette y aparece sencilla, pero artísticamente alhajada, modesta, pues no es rica, ha venido á menos; mas ataviada con la elegancia, con el buen gusto que conserva siempre quien en otros tiempos ha disfrutado riqueza y esplendor.

¡Sí, bella Antequera, tus galas de feria realzan tu garbo y gentileza, y estás realmente encantadora! ¡Todo en tí respira distinción y señorío! ¡Fiesta la que hoy se celebra de alegría, color y luz, parece revivir en mi tierra natal, remembranzas de antigua y ya pasada grandeza!

J. VÁZQUEZ

RETORNO

Dios te guarde, Dios te guarde,
Hogar mil veces bendito,
Centro de mis alegrías
Y de mis amores nido.

Dios te guarde, Dios te guarde,
Idolatrado recinto,
Donde se meció mi cuna
Entre besos y entre nùmos;

Do disfruté de mi infancia
El encantador idilio;
Esa edad toda sonrisas,
Toda goces, toda hechizos.

Tal vez, ya no me conozcas;
¡Te dejé siendo tan niño!
Pero no; porque en mi alma
Siempre te llevé conmigo.

Hoy, tras una larga ausencia,
Que ya el tiempo hundi6 en su abismo,
Vuelvo á tí, mi dulce hogar,
Mi idolatrado recinto;

Y para colmo á mi dicha,
Hogar, te encuentro lo mismo;
Nada echa mi amor de menos,
Hallo en tí todos mis ídolos:

Mis ancianos patriarcas,
¡Los dioses de mi cariño!
Mis tierras, mis santos padres,
Por quienes de amor deliro;

Y mis dos buenas hermanas,
Y mi venerable tío;
Y aquella Virgen antigua,
Y aquel viejo Santo Cristo

Ante quienes ofrendaba
Mi corazón, aún virgíneo,
Sus primeras oblaciones,
Sus primeros sacrificios.

¡No has cambiado! ¡No has cambiado!
Hogar, te encuentro lo mismo!
Para colmo de mi dicha,
La Providencia ha querido

Que, á mi vuelta, el corazón
Halle en tí todos sus ídolos:
Con esotras caras prendas
Los dioses de mi cariño.

Dios te guarde, Dios te guarde,
Idolatrado recinto,
Recíbeme hoy en tu seno
Como á tu mejor amigo;

Y, al estrecharme en tus brazos,
Hazme disfrutar tranquilo
Algo de aquellos placeres,
Ingenuos y sencillos,

Algo de aquellas venturas,
Algo de aquellos hechizos,
Algo de aquellas sonrisas
Que en tí gocé, siendo niño.

FR. SANTIAGO DE FUENGIROLA

CARTA ABIERTA

«Madrid castillo famoso» 10-8-15.

«Respetable público»: Con «La alegría que pasa» te comunico que «Mi cara mitad», que desde hace tiempo no «Lucia» acaba de dar á luz «El quinto pelao» de «Los niños llorones» que me envía «La suerte perra» con lo que este «Ilustre huesped» convierte «La casa tranquila» en «La casa de tócame Roque». Nada, que pienso emigrar de la «Tierra baja» á «La tierra del sol», que es «El mejor de los mundos», aunque sea transportado en «El carro del sol», que estará ahora en punto de «Caramelo».

«El ama de la casa», que me ha puesto «El gorro frigio» con esta «Lluvia de hijos», continúa sin «Navidad» en su importante salud.

«El bateo» se celebrará «La noche del sábado», que es «La verbena de la Paloma» en el cuartel del «Regimiento de Lupión», recibiendo «El chiquillo» el nombre de «Juan José» para lo cual «El cura del regimiento» le echará «El agua milagrosa» y le pondrá el «Granito de sal».

«El padrino del nene» lo será «El fresco de Goya», la madrina «Pepa la frescachona» y «El monaguillo», «El primer fresco» porque con «¡El dichoso verano!»...

«Los asistentes» serán obsequiados en «El petit café» donde «El chico del cafetín» les servirá «Los camarones» «¡Vivitos y coleando!» que quieran, «Chateaux Margaux» y «Agua, azucarillos y aguardiente», mientras la germanófila «Música popular» de «Los húsares del Kaiser» interpreta en el «Music Hall» escogidas piezas de «El género alegre.»

«La distinguida concurrencia» pagará el consumo para quedarse más descansada porque «El que paga descansa.»

«La gente seria» de «Las cuarenta y nueve provincias» que quiera disfrutar de este «Ideal recuelo» y zambullirse en «Los baños del Manzanares» que tome un «40-H.P.» y se venga á «La villa del oso» donde espera «El amigo del alma» que es «Su afectísimo servidor»,

por el padre,

EDUARDO TUR.

Las lápidas de la calle del Infante costaron 300 pesetas y en cambio la mayor parte de las vías están sin rotular.

Dirán los forasteros que nos visiten en estos días de fiestas, que aquí se cuelga la carne en un solo garabato.

NUESTRAS VISITAS

EUGENIO NOEL

Santiago Vidaurreta, un joven de la intelectualidad de hoy, que escribe muy bien y que piensa mejor me dijo ayer: —¿Has visto á Eugenio Noel?

—No, no lo he visto.

—Pues en Antequera está, lo ví anoche en la puerta del Hotel Universal y si tú le conoces podíamos ir á verle.

—Yo le conozco pero no he tenido trato con él. Lo conocí en Madrid una tarde que rodeado de sus admiradores estaba sentado en la cervecera de la calle del Carmen, pero no es necesario más: con la seguridad de que es Noel el que tú has visto, vamos ahora al Universal.

—¿Don Eugenio Noel se hospeda aquí? preguntamos al camarero.

—Sí, señor.

—Pues haga el favor de decirle que dos señores desean verle.

El camarero fué á cumplir nuestro ruego; mientras nosotros en el «hall» del hotel hacíamos congeturas sobre el recibimiento que nos iba á dispensar el ilustre escritor y célebre conferenciante. Pronto nos dieron la grata nueva de que nos recibiría pasados unos minutos.

El hombre popular salió de su habitación; traía en loco tropel sus melenas, esas melenas que tantas veces se han visto en peligro, que han querido cortar atrevidos aficionados á la fiesta de los toros. Noel es joven, de regular estatura y grueso; tiene el rostro pálido, pero inteligente, pensativo; sus ojos grandes se entornan cuando quieren atraer las imágenes que ven confusas y en su hablar netamente madrileño, se descubre al hombre simpático, modesto y bueno, poseedor de una vasta cultura y dueño de un extenso y rico lenguaje.

Le saludamos: afectuosamente correspondió rechazando amable nuestra excusa por el atrevimiento cometido al ir en su busca, sin otro conocimiento, sin más amistad que la que en este día llegamos á crear sin apenas darnos cuenta.

—¿A qué se debe su visita? le preguntamos.

—Vengo de Loja donde no pude dar conferencias; quería haber visitado Archidona y resulta que como Antequera está en visperas de feria me echa á perder mi plan, pues quería dar en ellas conferencias.

—Pero eso no es obstáculo, pues pasados estos días puede usted volver y entonces dar cumplimiento á sus deseos. ¿Cuándo piensa usted marcharse?

—Pues ahora á las once.

—¿Y se va usted sin ver Antequera?

—¡Qué voy á hacer! Mucha pena me da, pero no hay otro remedio.

—Sí, señor, lo hay. Se marcha usted en el expreso de esta tarde, después de haber visto la ciudad. Nosotros tendríamos mucho gusto en acompañarle.

—Y yo más en estar con ustedes.

—Pues hecho; son las diez y media, vamos á almorzar y á las once estaremos aquí por usted.

Fuimos al paseo y al regreso entramos en el Ayuntamiento; después al Casino. Uno y otro le gustaron mucho, haciendo grandes elogios de su magnificencia y buen gusto. A la una de la tarde un automóvil se detuvo en la puerta del hotel; era el coche que Vidaurreta había pedido para que hiciéramos una excursión por los alrededores de Antequera. Eugenio Noel, Angel Jiménez, Vidaurreta y yo ocupamos el auto, que emprendió veloz carrera por las calles de la ciudad; instantáneamente nos encontramos en medio de una carretera, viró el coche con precisión admirable deteniéndose ante la Cueva de Menga. No digo la impresión que obtuvo el admirable conferenciante, de ese soberbio monumento que se atribuye á los celtas; en un libro él lo contará cuando transcurra poco tiempo; acaso para el mes próximo podremos saborear una página de exquisita prosa que nos hable de esa gruta colosal, admiración de tantos y que nosotros desgraciadamente miramos casi con indiferencia.

Otra vez al auto y rápidamente llegamos á Santa María, después subimos al reloj de Papabellotas, y más tarde caminábamos por la Rivera. ¡Hermoso paisaje, contemplado unas veces á paso lento, otras en carrera desenfrenada! Es maravilloso caminar tan aprisa salvando inesperados obstáculos, dejando una estela de polvo que se pierde cuando han quedado atrás muchos kilómetros, cuando la visión de lo que ha pasado por nuestros ojos vive en nuestra retina en confuso laberinto...

Cuando regresamos de esta magnífica excursión que ninguno olvidaremos, nos sentamos á descansar en el café Universal; allí acudió Jerónimo Jiménez Vida y Joaquín Muñoz. Se habló de ciencias, de arte, de literatura y de toros. Yo aproveché un instante en que Eugenio Noel hablaba de sus conferencias y creí llegada la hora de hacerle unas cuantas preguntas relacionadas con ellas.

—¿Qué clase de conferencias quiere usted dar aquí?

—Si así pueden llamarse, culturales. Me he impuesto por misión dar conferencias en todas las ciudades de España, grandes y chicas, y llevo recorrida España entera, faltándome muy poco. En tres años y medio he cumplido

mi plan con una labor abrumadora, pues es más difícil de lo que parece preparar esta clase de trabajo; no por el que representa la conferencia en sí, sino por los obstáculos que ponen los casinos, la dificultad de encontrar y pagar teatros y demás gastos.

—¿Qué temas escoge usted?

—Todos. De arte, de ciencia, de psicología popular, de sociología: todo lo que hoy llamamos con el nombre genérico de cultura. Mi plan es dar voluntad, enseñar á la juventud acción, mover á los que estudian á que no atesoren «avaros» sabiduría y la esparzan á su vez en apostolado. Quiero que los que no leen lean mucho y bien. He comprendido que antes que otra labor política cualquiera por muy intensa que fuese había que hacer cultura, educar, pedir para el cultivo del alma del pueblo «abonos químicos», por decirlo así.

—¿Y eso de las corridas de toros?

—Ése es mi anzuelo. Llevo escritos muchos libros y centenares de artículos sobre los males que causa la afición á España. Estoy convencido de que la afición es el causante principal de nuestra degeneración. Esta campaña me ha dado una inaudita popularidad y muchos disgustos, pues han llegado hasta querer matarme varias veces. Gracias á esto he podido hacer el milagro de que la gente acuda á las conferencias, cosa que antes no solía hacer.

—¿Una anécdota de esa campaña?

—¡Oh, no; eso no! Muchos, muchísimos incidentes cómicos ó trágicos, pero eso no vale la pena. Nuestra labor va contra lo pintoresco y no queremos contribuir á ello con el relato de lo que nos suceda pues es necesario restar al pueblo lo personal y darle «cosas», ideas, afanes y deseos de acción colectiva....

—¿Entonces se va usted sin dar conferencias?

—Y lo siento. Ustedes van ahora á divertirse con su feria y desgraciadamente en los números de las diversiones populares de España no hay esta clase de espectáculos que... no traen viajeros como las corridas. Pero volveré. Estoy escribiendo un libro «Un verano en Andalucía» y deseo ver más detenidamente á Antequera. Además es esta una de las ciudades más grandes de Andalucía y quiero hablar en ella. Ustedes pueden ayudarme en la preparación de esas conferencias. Una de ellas se podía dar en el Casino..... otra en el Teatro.....

—Pues cuente usted con que haremos todo lo posible para que esas conferencias se lleven á cabo; hablaremos con los amigos y si se presenta alguna dificultad se pondrán los medios para vencerla. Cuente con que por nosotros no ha de quedar. ¿Y qué le parece á usted Antequera?

—¡Qué me ha de parecer! muy bien, grande, como yo no me la figuraba. Vista desde el reloj de Papabellotas es preciosa. El panorama, espléndido de verdad. La gruta de la Menga, una reliquia inapreciable de los aborígenes que con la gruta de los letreros de Vélez Rubio son dos documentos de primer orden para nosotros. El carácter del pueblo á juzgar por ustedes muy bueno, aunque.... anoche en el paseo de la Alameda unos jóvenes me insultaron.... viendo mis melenas.... Como el «Gallo» es calvo no les pareció bien mi pelo...

—No conceda usted importancia—le diré—á ese pequeño incidente. Aquí hay unos cuantos hombres niños que les complace hacer alarde de su incultura. Borre de sus impresiones ese momento que le ha sido desagradable.

—Borrado queda; mi breve estancia aquí, me ha sido grata y gracias á la pericia de nuestro amigo Angel he podido en pocas horas darme cuenta de todo, lo que se lo agradezco mucho. Por cierto que es un maestro dirigiendo el auto. De modo que volveré, pasada la feria y entonces daremos las conferencias y veré más á fondo la ciudad. Hoy por hoy les doy las gracias por su amabilidad y cortesía y desearía que las hicieran extensivas á la ciudad desde las columnas de su periódico. Y á propósito: leí los dos números que me proporcioné y me agrada su aspecto enteramente cultural y moderno. Si no fuera porque voy con ustedes diría que sus artículos me han agradado muchísimo y que me gustaría constaran mis palabras tal como las digo. Y si sirve mi consejo.... á seguir, pero de veras....

—Veríamos con gusto un trabajo suyo.

—Y yo con más. Lo haré: es decir, se enviará pues yo no llevo conmigo trabajos literarios hechos, á excepción de «un millón» de apuntes. Y lo prometo solemnemente, aunque como mío valdrá poco.

Yo no sé porqué, las horas que se pasan á gusto corren tanto. Llegó la hora de partir, ese momento que quisiéramos no llegara nunca cuando es satisfacción y gratas emociones lo que estamos experimentando.

—Deme un libro, algo escrito por usted que yo lea mientras vuelvo.

Del maletín sacó un tomo pequeñito titulado «Castillos de España». En la primera página hay una dedicatoria del ilustre escritor, que dice: «A mi amigo el pintor incomparable Ignacio Zuloaga: Si yo escribiera como tú pintas España se salvaría».

LUIS MORENO RIVERA.